

rechazó profesando que: «magistrados, emperador, rey, príncipe, cónsul, doctor, orador, preceptor, discípulo, padre, madre, hijos, amo y criado, etc., son personajes ó representaciones que Dios quiere que reconozcamos por criaturas suyas, y que las honremos con un *culto religioso*, sin atribuirles no obstante divinidad (1).»

Seguramente que esto es mas de lo que enseñó nunca la Iglesia, porque ella distinguió con cuidado el simple honor *civil* que se debe á los príncipes y magistrados, del honor *religioso* que se debe á los Santos. Y aun respecto de estos, jamás ha empleado la palabra *culto religioso* que prodigó Lutero á los príncipes; hasta tal punto le ha parecido que debía reservarse esta espresion para el único *culto religioso* en sí mismo, el culto de Dios; y solamente ha tolerado su aplicacion, *lato sensu*, al culto de los Santos. Como quiera que sea, ¿está reconocido que el honor religioso debe tributarse á los simples representantes civiles y naturales de la Divinidad, y se habia de rehusar este honor á los *miembros vivos* de Jesucristo, á aquellos á quienes anima su vida, que santifica su gracia, que espera ó que corona su gloria, á los Santos? Pues qué, ¿se reconoce que se puede y debe honrar á los Santos vivientes, á los fieles cristianos en la tierra, y no se habia de poder honrar y glorificar á los Santos en el cielo? ¿Y por qué? Porque llegaron al colmo del honor y de la gloria. ¡Qué absurdo!...

Lo que se honra en los Santos vivientes, es una santidad principiada, pero falible; es una gloria prometida, pero suspendida; y esta santidad coronada, esta gracia victoriosa, esta gloria conquistada, ¿no habian de ser objeto de ningun honor? ¿Tendria el vencedor menos derechos á la alabanza que el que puede desmerecerla?

Oíd cuán de distinto modo juzga Dios, y cómo trata á aquellos á quienes teme honrar: *Al que venciere, le haré sentar conmigo en mi propio trono, así como yo tambien fuí vencedor y tomé asiento con mi propio Padre en su trono* (2); á mis Santos *daré absoluta potestad sobre las gentes, así como*

(1) Lutero, en el cap. 2, Epist. ad Galat.

(2) Apoc. III, 21.

yo tambien la recibí de mi Padre (1). *Yo os preparo el reino, como mi Padre me lo ha preparado, para que comáis y bebáis á mi mesa en mi reino, y esteis sentados sobre tronos para juzgar á las doce tribus de Israel* (2). No basta esto. *El mismo recogerá su manto hasta la cintura, y despues de haberles hecho poner á la mesa, irá, El, su Señor, su Dios, irá y volverá para servirles* (3). ¿Comprendeis la elevacion de que cae este servirles, este *MINISTRABIT ILLIS*, sobre vuestra negativa de honrar á los Santos?

En una palabra, es ignorar el primer elemento de la fé cristiana, ó las mas simples nociones del sentido comun, no ver, que no siendo el Cristianismo otra cosa que Dios viniendo á ser partícipe de nuestras dolencias para hacernos partícipes de su gloria, Dios hecho hombre para que el hombre sea hecho Dios, deben ser los Santos los compañeros de gloria de Jesucristo en la tierra, así como en el cielo; debiendo ser por consiguiente objeto de un culto de honor, como consecuencia y acompañamiento del culto de adoracion que rendimos á esta divina Cabeza. En El es un culto directo; en ellos un culto reflexo, que viene de El y que vuelve á El. Culto esencialmente *relativo*, y en su consecuencia tan poco idolátrico, nótese bien, tan poco tomado del que debemos á Dios, que seria un sacrilegio tributárselo á El mismo, puesto que seria honrarle por medio de otro que por El.

Puede, pues, tributarse este culto sin idolatría.

VI. Añadiré, que no puede negarse sistemáticamente sin incurrir en impiedad.

Todo el Cristianismo respira la solidaridad mas estrecha entre los Santos y Jesucristo, entre la gloria de aquellos y su gloria. No parece sino que es una misma y única gloria; escepto (y esto basta para no confundirlas nunca) que la de Jesucristo le es personalmente propia, y la de los Santos se les comunica de Jesucristo. Así resulta notablemente de las pa-

(1) Apoc. II, 26-27.

(2) Mat. XXIV, 47. Luc. XXII, 29 y 30.

(3) Ibid.

labras que ya hemos citado y de todas las que componen el sublime Testamento de este Dios Salvador: Yo os tomaré *en mí mismo*, para que allí donde yo estoy, estéis *también* vosotros.... Padre mio, deseo que *allí donde yo estoy*, estén *igualmente* los que me habeis dado.... Glorificad á vuestro Hijo, para que vuestro Hijo os glorifique.... y dé la vida á todos los que vos la habeis dado, á fin de que *todos* juntos no sean mas que *uno*. Así como vos, Padre mio, estais en mí y yo en vos, así también no sean ellos mas que *uno en nosotros*, para que sean como nosotros somos uno, para que sean consumados en la unidad, y *conozca el mundo que vos les habeis amado como me amásteis á mí* (1).

Reprobar este Testamento del amor divino, separar lo que Jesucristo asoció tan estrechamente, no honrar á sus Santos, á sus miembros, como El mismo los honra, como pidió á su Padre que los honrase, y desunirlos de esta divina Cabeza, ¿no es una impiedad?

Esta espresion de *cabeza* y de *miembros*, que encontramos á cada instante en las Santas Escrituras, seria ya una figura cuya energia resistiria á este cercenamiento impio del culto de los Santos; ¿qué será, pues, cuando se observa, que no es una figura, sino una realidad, un *verdadero cuerpo* que forman en Jesucristo todos los que viven de su gracia, tan verdadero como lo es esta vida de la gracia, esta sangre de la nueva alianza, esta carne divina que une é incorpora los fieles cristianos á Jesucristo? «Aunque muchos en número, dice el Apóstol, no somos todos mas que un cuerpo en Jesucristo, y reciprocamente miembros unos de otros (2).» «Para que no haya desunion en el cuerpo.... de manera que si alguno padece en su miembro, todos los demás padecen en él; ó si un miembro es honrado, todos los miembros se regocijan con él (3).»

Admirable sociedad, admirable comunicacion de los Santos á través de las edades, á través de los mundos, que hace participar á los que combaten de la gloria de los que triunfan;

(1) Juan, XVII.

(2) Ad Rom. XIII, 5.

(3) Ad 1, Corinth. XIII, 25-26.

á los que triunfan, de las pruebas de los que combaten; á unos y á otros de los padecimientos de los que espiran; á todos del divino destino de El que combatió y espiró el primero, y que reina para siempre, atrayendo á sí el resto de sus miembros; cuerpo sagrado de la Iglesia, cuyo catolicismo abraza toda la humanidad, toda la creacion, y la hace palpitar con una sola vida creciente en Jesucristo, de la naturaleza á la gracia, de la gracia á la gloria, hasta que haya llegado y sido consumada con El en la unidad de la Trinidad misma de Dios: santa esposa de Jesucristo, concebida tan dolorosamente en la Cruz, ¿qué habeis llegado á ser en manos de la heregía? ¿No era bastante cercenar los miembros que padecen, sino que se ha cercenado también los que triunfan y auxilian, y por un justo castigo, han sido entregados los que combaten la mas horrible division?

Hay una propension en el dia al individualismo, hasta en el Cristianismo y el Catolicismo. Cada uno quiere labrar su salvacion privativamente y en una especie de *aparte*. No se tiene cuenta alguna de la práctica de la vida, de la comunicacion de los Santos, tan viva y tan floreciente en la edad media. Esta disposicion que se deriva del protestantismo, es falsa y anticristiana. Jesucristo no vino para cada uno de nosotros considerados individualmente, sino para cada uno de nosotros en sociedad y en comunion, á fin de que *todos juntos no sean mas que uno*. No se refieren, pues, aisladamente á la cabeza todos los miembros, sino como perteneciendo á todo el cuerpo; el cual se alimenta y constituye por las ligaduras y las junturas, dice enérgicamente San Pablo, y crece con el acrecimiento de Dios. *Tenant caput ex quo totum corpus per nexus et conjunctiones subministratum et constructum, crescit in augmentum Dei* (1).

La Iglesia honra así á los Santos con un honor de sociedad fraternal y de co-dependencia con relacion á Jesucristo, de quien todos, pero en comunion, reportamos la vida y el progreso. Origen y término adorable de todo honor; de El es de quien descende y á quien vuelve á ascender este honor

(1) Ad Colos, II, 19.

crisiano que nos consagra á los unos á los ojos de los otros, y que, por consiguiente, se le debe á El, no solamente sobre todos, sino en todos.

Así, todo, aunque en diversos grados, es un objeto de honor y de respeto en la Iglesia, por bajo é inferiormente á la adoracion que solo se debe á Dios y al hombre Dios.

Esto es lo que hace decir á un eminente ingenio aquella bella frase que es una confesion del error que le sujeta: «El Catolicismo es una escuela de respeto (1).»

VII. Pero lo que es admirable, y lo que distingue eminentemente al Catolicismo como verdadera Iglesia de Dios y de Jesucristo, es que solo es una escuela de respeto, porque es una escuela de caridad.

Recomiendo este resúmen á toda la atencion del lector, porque corta magnificamente toda la cuestion que se agita entre el Catolicismo y sus enemigos, sobre este culto de honor á la Virgen y á los Santos, cuya doctrina ha guardado y defendido contra ellos.

Al mandamiento de la ley antigua: *Adorarás al Señor tu Dios, y no servirás mas que á El solo*, corresponde este mandamiento de la nueva ley: *Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazon, con toda tu alma y con todas tus fuerzas*. No quiere decir esto que este mandamiento no sea de la ley antigua, y que el mandamiento de adoracion sea estraño á la nueva; sino bajo el concepto de que Dios quiso en este mas particularmente hacerse amar, y no quiso comenzar por hacerse adorar en su Magestad, sino para hacernos apreciar el inmenso amor que le indujo á no querer, en cierto modo, mas que hacerse amar. De aquí aquella inefable frase: *Ya no os llamaré mas mis siervos, sino mis amigos*. La ley de servir no está abrogada, sino transfigurada en la de amar.

Y es que en efecto, servir y amar á Dios son las dos formas de un mismo precepto, puesto que no se le puede servir sin amarle, ni amarle sin servirle; solamente que como *Dios es amor*, segun su manifestacion y su definicion suprema,

(1) M. Guizot.

amarle es honrarle por escelencia, y la adoracion solo es la expresion mas alta del amor.

Así, este culto de amor no es menos absoluto que el de adoracion; porque debemos amar al Sér superiormente amable, con *toda* nuestro corazon, con *toda* nuestra alma, con *todas* nuestras fuerzas, y en su consecuencia, sin participacion y sin desviacion respecto de ningun otro objeto, cualquiera que sea. Y hénos aquí vueltos á colocar enfrente del mismo rigor cuya falsa nocion ha hecho abolir el culto de los Santos.

Si esta consecuencia que se ha sacado fuese cierta, no siendo Dios menos celoso de todo nuestro amor que de todos nuestros homenajes, deberia estarnos prohibido amar á ninguna otra cosa mas que á El, y por consiguiente, amarnos unos á otros.

No obstante, despues del mandamiento de amarle con toda nuestra alma, viene en seguida el segundo mandamiento: *Ama á tu prójimo como á ti mismo*.

¿Cómo conciliar esta aparente oposicion? Por esta bellisima ligazon que estableció el Divino Señor entre los dos mandamientos, cuando, despues de haber promulgado el primero y el mas grande, dijo: «Y hé aquí el segundo que le es semejante.»

¿Cómo semejante? Le es semejante en cuanto que el amor que debemos tener á nuestro prójimo, no es mas que una estension del que debemos tener á Dios; porque en nuestros hermanos debemos amar á Dios, segun las promesas tan multiplicadas que nos hace, de que considerará que se le hace á El mismo todo el bien que hagamos á nuestros hermanos, hasta personificarse en ellos y no juzgarnos mas que por esta regla: *Tuve hambre y me disteis, ó no me disteis, de comer, etc., etc.*

De suerte que, lejos de escluir el culto de caridad, que es el verdadero culto de Dios, todo culto de caridad á nuestros hermanos, comprende este segundo culto; lejos de empobrecerse respecto de él, se enriquece con él; y tambien, por el amor que nos tengamos unos á otros, daremos á conocer el amor que tenemos á Dios.

Ahora bien: el amor consiste en hacernos experimentar todos los intereses del objeto amado, como si fueran los nuestros; en regocijarnos con su gloria, como en afligirnos con sus padecimientos; en honrar, por consiguiente, á los miembros glorificados de Jesucristo en el cielo, tanto como en socorrer á sus miembros afligidos en la tierra.

El culto de la Virgen y de los Santos, es así una rama de la caridad. Esta misma caridad que nos induce á socorrer á nuestros hermanos que padecen, debe inducirnos á glorificar á los que triunfan, tanto mas, cuanto que su triunfo es el triunfo y la consumacion de la caridad.

Así, notémoslo bien; todo el culto que tributamos á los Santos, no es otra cosa, como lo definimos al principio, que *un honor de caridad y de sociedad fraternal*. Toma su carácter en el culto de Dios, que es un culto de adoracion en su derecho incomunicable y esclusivo, pero que se reviste en Jesucristo con la forma de la caridad, solicitando por ella el honor de caridad que tributamos á sus miembros, que reinan con El en el cielo, así como el alivio de los que ha dejado padeciendo en la tierra.

No hay duda que en esta misma forma de caridad es siempre muy absoluto el culto de Dios; pero este carácter absoluto consiste precisamente en amar y honrar á Dios en nuestros hermanos; porque si no hiciéramos mas que amarle *sobre todas las cosas*, amariamos alguna cosa fuera de El, mientras que amándole *en todo*, no le amamos tan solo con un amor supremo, sino que le amamos con un amor universal y con un amor único.

VIII. Resumiendo: hay dos maneras de honrar y de amar á Dios: la una que llamaré negativa, y la otra positiva.

Aquella consiste en creerle celoso de sus obras, en considerar como una idolatría todo culto de honor y de caridad que se dirija á las criaturas naturales ó rejeneradas, con relacion á Dios y á Jesucristo; en profesar horror y desprecio á esa religiosa expansion del culto de Dios en las maravillas de su potestad y de su gracia; y por consiguiente, en reducir y comprender toda religion, todo culto al solo culto de Dios

considerado en sí mismo, y haciendo abstraccion de todo cuanto le honra y nos induce á honrarle. Y como por esta escision, por este cisma entre el Criador y su obra, entre Jesucristo y sus miembros, se vá directamente contra los fines de la creacion y de la encarnacion, se incurre, ó hay esposicion de incurrir en los dos escesos, en los dos abismos de que han tenido por objeto preservarnos ó sacarnos estas dos manifestaciones de Dios; los abismos de la impiedad y de la idolatría. La impiedad, porque siendo demasiado pesado y vil nuestro espíritu para esta orgullosa pretension de llegar á Dios, considerado en sí mismo, y de sostenernos á la altura de esta sublimidad inaccesible, toda religion formal concluye por desvanecerse en religiosidad, que es la impiedad en su forma mas espaciosa; la idolatría, porque dotadas las criaturas de todos los atractivos que puso Dios en ellas para elevarnos á El, no son menos dignas de ser amadas por no servir á este fin; solamente que en lugar de ser amadas y honradas por Dios, lo son por sí mismas; y fortificándose su imperio sobre el alma con todo lo que se debilita el de Dios, acaba por destronarle y sujetarnos á una idolatría, tanto mas fatal, cuanto que se cubre con una elevada y fastuosa espiritualidad.

Tal es el modo negativo de honrar á Dios, que es en diversos grados el modo anticatólico.

El modo positivo ó católico de honrar á Dios, consiste al contrario, en honrarle y amarle, no solamente sobre todo, sino en *todo*; primeramente en Jesucristo, que no solo es Dios, sino que es hombre, y que, como tal, es adorable, porque no por eso deja de ser Dios, y tanto mas digno de ser amado, cuanto que nos ha amado como hombre hasta dar su vida por nosotros; despues, en la Virgen y los Santos, que son los miembros mas vivos y mas gloriosos de este cuerpo místico, de que El es la cabeza; con esta diferencia, que no siendo la persona de los miembros Dios, como la de la cabeza, sino que estando solamente unida á Dios, no es objeto mas que de un culto de honor y de caridad por la gloria que les comunica esta union, culto, no obstante, que debemos tributarle con amor desde que amamos á Jesucristo, y que pertenecemos á El, puesto que son sus muy amados y hermanos nuestros, son

tabernáculos en que se complace y vive con su vida feliz y gloriosa. Por consecuencia de la misma caridad, amamos á Dios y á Jesucristo en sus demás miembros que padecen ó que son probados en el purgatorio ó en la tierra. Le amamos tambien y le honramos en los que le odian y blasfeman en el mundo, porque pueden aun amarle y glorificarle, puesto que son llamados por su bondad, perseguidos por su amor, objetos de su paciencia, y tal vez las conquistas reservadas de su misericordia y de su gracia. Amamos á Dios y á Jesucristo hasta en las cosas insensibles y naturales, en todas las criaturas que pueblan el universo, porque son las obras y las imágenes de todas sus perfecciones invisibles, el templo de su manifestacion, el fondo de las dependencias de sus gracias y la peana de su gloria. En fin, no hay nada de cuanto existe sobre lo que no desborde y á que no se estienda este culto proporcional de caridad, de amor y de simpatía, de que es Dios el principio, el motivo y el objeto supremo, y que por medio de Nuestro Señor Jesucristo, pontífice mediador, todo lo anima, lo vivifica todo, lo consagra y santifica todo, con ese maravilloso sentimiento iba á decir, con ese fluido de caridad que corre y circula incesantemente de Dios al hombre, del hombre á Dios, del hombre al hombre y á todas las criaturas, como la sávia, como la sangre de la union, de la fraternidad, del Catolicismo universal.

Siendo divina en su origen y en su fin esta caridad, se halla impregnada de un religioso respeto en su curso, y se convierte en honor y en culto para aquellos á quienes se consagra y penetra. ¡Cosa admirable! La forma de respeto en el Catolicismo, es un ósculo, bien en la mejilla entre los fieles, bien en la mano, respecto de un obispo, bien en el pié, respecto del Pontífice Supremo; siempre es un culto de caridad mas ó menos profundo. El Catolicismo ha conservado esta forma como todo lo demás de la primitiva Iglesia. «Terminada la oracion, dice San Justino, se saludan los cristianos con un ósculo (1).» Este uso se halla tambien en las ceremonias de la Misa, con el nombre de *la Paz*, y no ha mucho que nos

(1) Diálogo con Tryfon, c. XXXIII.

fué dado ver un ejemplo de él conmovedor y sublime á la par.

Era en el monasterio de la Gran Cartuja, á donde habíamos ido á pasar algunas horas de edificacion, durante la festividad de Pentecostés. Nos hallábamos en la tribuna de la capilla, de donde dominábamos todo lo que en ella se hacia. Oficiaba el Padre Abad, y todo el coro estaba ocupado por los religiosos, sentados en sus siales, con largos hábitos de lana blanca, como las togas de los antiguos, coronada la cabeza con un cerquillo de cabellos, é inmóviles en un religioso silencio. En el antecoro, debajo de nosotros, se hallaban los hermanos conversos y los familiares; aquellos con capa parda, y estos con chaqueta del mismo color, todos gastados y tostados por el trabajo y el sol, rapada enteramente la cabeza, y el rostro macilento. Al recibir la comunión, despues de haber conmemorado á la Virgen y á los Santos del cielo, á los difuntos del purgatorio y á los vivientes de la tierra; despues de haberse unido con ellos en Jesucristo en la comunión, y haber recibido la prenda del eterno amor, el Padre Abad se volvió á un lado y dió el ósculo de paz al diácono, que se adelantó con profundo respeto á recibirlo. Este lo trasmitió en seguida y del mismo modo al subdiácono, que fué á colocarse al pié del altar; despues se avanza cada religioso, saliendo de su sitial lentamente; el primero saluda profundamente al subdiácono que espera, y recibe su saludo; le dá el ósculo, y le saluda á su vez con un ósculo reciproco, despues de haberse hecho digno de él con esta consagracion de la caridad. El primer religioso ocupa el sitio del subdiácono, y verifica el mismo ceremonial respecto del segundo; despues, este respecto del tercero, y así de los demás, viniendo todos á arrodillarse en seguida y sucesivamente de dos en dos en el pavimento del coro. Pero al decir ceremonial, me equivoco; porque nada estaba mas exento de la frialdad é indiferencia que parece significar esta palabra.

Cada abrazo que daban estos santos religiosos, cruzando sus venerables cabezas y colocando sus brazos en los hombros unos de otros, respiraba el amor mas verdadero y mas suave; cada saludo dado y correspondido, era inspirado por el respeto mas profundo, y hacia experimentar cada vez, á pesar de su repeticion, una emocion particular y nueva, y como un di-

vino rayo de dignidad y de caridad. Luego que hubo recibido de tal suerte el último religioso esta prenda de fraternidad y de respeto, atravesó todo el espacio del coro, y fué á llevarla al antecoro á uno de los hermanos conversos, los cuales se la transmitieron de la misma manera sucesivamente hasta el último familiar, y subieron acompasadamente al coro, siguiendo á los religiosos, á tomar parte en la comunión, dar vuelta por el altar y volver insensiblemente á su sitio. Esta efusión de la caridad divina, que partía del mismo corazón de Jesucristo y que descendía de su sacerdote hácia sus hermanos, no se detuvo en el más humilde de estos; porque todos, al salir de los santos oficios, esparciéndose por los talleres ó los campos, fueron á llevar en cierto modo *la Paz* de Dios á todos los seres de la naturaleza, embalsamando con ella la creación.

¿Y no es esto lo que cantaba el Real Profeta en aquel bello cántico de la caridad? «¡Cuán bueno y delicioso es habitar los hermanos en unión! Es como el perfume derramado sobre la cabeza que baja por la barba muy crecida de Aaron, que desciende hasta la orla de su vestidura, como el rocío del monte Hermon, que baja al monte de Sion. Porque allí envió el Señor bendición sobre nosotros y vida perpétua (1).»

Así desciende del Cristo-Jesus, verdadero pontífice Aaron, verdadera cabeza de la Iglesia y de la creación, verdadero *Ungido* del Señor, sobre quien la misma Divinidad derrama la unción de vida, todo ese honor de sociedad y comunión fraternal que tributamos á la Virgen y á los Santos, que rendimos unos á otros, hasta á los más inferiores de la Iglesia, hasta los extremos de la creación, que es como el vestido sacerdotal, bajo el cual rinde el Dios Pontífice adoración á su Padre, y recibe la de las criaturas.

Tal es, pues, el honor; tal es el culto que tributamos á la Santísima Virgen en lo que tiene de comun con el honor que rendimos á los Angeles y á los Santos en el cielo, á los hijos de Dios en la tierra, y universalmente á todas las criaturas. No hay otro para ella que el que rendimos á la más humilde de estas; en el sentido de que es un honor exento de todo prin-

(1) Salmo CXXXII, 1.

cipio de adoración, y también en el sentido de que es un honor esencialmente *relativo*, y que no es religioso, sino porque es relativo, relativo á Jesucristo, á Dios, á quien solo adoramos por El mismo, y por quien honramos todo cuanto honramos. De donde se sigue, que para inscribirse contra el culto de la Santísima Virgen, es necesario declararse contra todo honor que se tributa á la criatura natural, con relación al Criador, contra todo honor tributado á la criatura regenerada, con relación á su Salvador, contra todo honor rendido á la criatura glorificada, con relación á su Remunerador; y es asimismo necesario privar á Dios de todo este honor que le corresponde por haber creado, regenerado y glorificado sus obras, y para lo cual solamente las hizo; en una palabra, es necesario hacer callar el *Magnificat* universal de la creación, desde el insecto que lo susurra bajo la yerba, hasta la Virgen Augusta que lo canta sublimada sobre los Serafines.

§. III.

Del culto que se debe á la Santísima Virgen en lo que la distingue de los demás Santos y de todas las criaturas.

I. Este honor comun que se tributa á la criatura con relación al Criador, debe ser en razón de la escelencia con que El la dotó, escelencia que ella misma es en razón de su relación con El.

De aquí que haya diversos grados en el honor comun que tributamos á las criaturas, medidos por la grandeza que aquellos sacan de su relación con Dios.

Así, son más dignas de honor las criaturas elevadas al orden de la gracia, que las que han quedado en el orden de la naturaleza, y más dignas de honor las que se han elevado al orden de la gloria, que las que están aun en el orden de la gracia; porque es más inmediata y más viva la relación que las une á la Esclencia Suprema.

Y en cada uno de estos órdenes principales de naturaleza, de gracia y de gloria, hay diversidad de grados, sobre los que debe graduarse también el honor comun, según el mis-